



## CAPÍTULO IV

DE LA GRANDE AVENTURA DE LOS TRES PENITENTES,  
Y OTRAS DE MENOS SUPOSICIÓN

«¿Y ahora adónde vamos?, preguntó Sancho. Si todas las aventuras han de correr como la de esta noche, ya puede vuesa merced llevarme al fin del mundo. Hemos comido bien, no hemos dormido mal, y ni la fada Urganda ni el mago Alquife nos han perjudicado en lo más mínimo. — Si esta resolución dura en ti, respondió D. Quijote, no veo lejano el día en que te halles conde de Oropesa ó pertiguero mayor de Santiago. El buen semblante que ponemos á los sucesos de la vida parece modificarlos en favor de los ánimos serenos, á quienes el pasado no aflige, no desconcierta el presente ni pone cavilosos el porvenir. Pero si los quebrantos y las desgracias encuentran en ti la filosófica resistencia del sabio, ten cuidado de no salir de madre al primer viento propicio que te sople: harto dejas conocer que así te ensoberbece la próspera como te hace desmayar la adversa fortuna. ¿Qué motivo de alborozo es el que hubieses comido y dormido bien una noche? Más digno de nosotros sería haberla pasado en vela y en ayunas para seguir mejor nuestra profesión de andantes. — Yo supongo, replicó Sancho, que no porque uno satisfaga sus necesidades, será menos caballero ni escudero. Antes pienso que los á quienes compete la fuerza y cuyo asunto es la espada, se han de alimentar mejor. Para vivir ayunando, tanto valiera dar en ermitaños, ó de una vez en santos milagrosos, á

quienes les bastan cinco habas crudas ó tres hojas silvestres por comida. — ¿Y no compensamos, repuso D. Quijote, las penurias de nuestro estado con los festines que nos ofrecen las reinas y emperatrices á quienes vamos reponiendo en sus dominios? — El pan de Dios dádnosle hoy como todos los días, reza nuestra santa madre Iglesia, dijo Sancho. — Tendríaste por hereje, respondió D. Quijote, si no embaulases cuanto puedes haber á las manos. Á tu parecer, Sanchico, bueno es aquel negocio; y será mejor si añades los mandamientos de hurtar los bienes ajenos y codiciar la mujer de tu prójimo. Pues, ¡voto al demonio!, que te hallas apto para recibir las órdenes sacerdotales. En la primera ciudad adonde lleguemos, te hago tonsurar, y si tienes capellanías, á dos tirones te ves cura de Tordesillas ó canónigo de Toledo. — Quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija, señor D. Quijote: uno que anda al servicio de vuesa merced no puede parar en menos. Viénesme á deseo, huélesme á poleo: ¿á vuesa merced he oído que Maripapas hubo en Roma? — Como Marisanchas en tu pueblo, respondió D. Quijote: pudieras haber dicho papisas. Sí, señor; y se llamaba Juana la más notable de ellas. — Sea, dijo Sancho, que el tiñoso por pez vendrá. — ¡Válate el diablo, Sancho excomulgado!, ¿á qué viene el tiñoso en el asunto que tratamos? — Viene á que todos somos unos; y con el mazo dando y á Dios llamando; y que así como hubo en Roma una papisa Juana, así ha de haber en el Toboso una obispa Dulcinea. Si la mujer del alcalde es alcaldía, y la del testigo testiga, la del obispo ha de ser por fuerza obispa. Y á quien Dios se la dió á San Pedro se la bendiga; que yo con la mía me contento, aunque regaña y aconseja más que un abad. Pero á mujer brava, sogá larga; y holgad, gallinas, que es muerto el gallo. — Si por algo quisiera yo sobrevivirte, repuso D. Quijote, sería por grabar sobre tu losa en indelebles caracteres este epitafio que parece hecho para ti:

»Y es tanto lo que habló  
Que aunque más no ha de hablar,  
Nunca llegará el callar  
Adonde el hablar llegó.

»¿De dónde sacas ese chorro de refranes, parlanchín desesperado? Tú eres mejor para dueña que para escudero, y no estoy lejos de ponerte con faldas y tocas blancas al servicio de una reverenda viuda. — Eso sería echar margaritas á los puercos, Sr. D. Quijote; sobre que mi silla había de quedar vacante, supuesto que vuesa merced me destina para el coro. — Señor prebendado, dijo D. Quijote, si vuestra dignidad no me lo estorbara, os había yo de refrescar ahora los lomos con el asta de mi lanza. Pero dad por recibida esta demostración y seguidme, cosidos los labios más que si fuerais mudo de nacimiento.»

Algunas horas habían andado hasta cuando desembocaron en una carretera por donde fueron siguiendo callados y con hambre. D. Quijote mismo no hubiera puesto reparo en desayunarse, aunque sus deseos ordinarios eran de aventuras antes que de otra cosa. Como si todo ocurriera para dar asunto á su profesión, sucedió que por ahí se viniesen acercando tres personas, no de pies como racionales, sino á modo de cuadrúpedos. Todos venían descubiertos y descalzos, con señales de estar cumpliendo una penitencia, según la humildad de la postura y la compunción con que se arrastraban. «¿Y eso qué diablos es?, dijo D. Quijote al verlos. Yo me los voy encima, Sancho, y á punta de lanza escudriño este que parece misterio, si no es más bien una entruchada de algún sabio burlón que quiere darme una cantaleta.» Sin añadir otra cosa, apretó los talones contra los ijares de su caballo, bajó la lanza, arremetió, desbarató y dispersó la tropilla de esa gente á gatas. No debían de ser paráliticos los mezquinos, porque tan luego como sintieron esa estantigua sobre ellos, se pusieron de pies y echaron á correr de modo que no los alcanzara un galgo. Librólos la Virgen á los dos; el tercero fué víctima de D. Quijote, pues en el punto en que se enderezaba cayó de nuevo en tierra, sin más ánimo que el que hubo menester para encomendarse á Dios y sus santos. «Yo le volviera la vida á este malandrín, dijo D. Quijote, sin perjuicio de quitársela por segunda vez, para que me explicara lo que significaba el ir así por estos caminos, y adónde iban

en cuatro pies que no pudieran ir en dos. — Habrán sido baldados, respondió Sancho. — Eres un sandio que se pierde de vista, replicó D. Quijote: á tus ojos se disparan como ciervos y piensas que serán baldados. — Pues si no son baldados, volvió á decir Sancho, serán pícaros que están haciendo de inválidos para beneficiar nuestra bolsa. Mátelos vuesa merced á todos, Sr. D. Quijote, que estos ciegos y estos cojos fingidos perjudican á los verdaderos. — Tengan piedad, hermanos, dijo el difunto: no somos pícaros ni inválidos de industria, sino gente de bien y católicos, que hemos hecho voto de ir arrastrándonos á un santuario á cinco leguas de aquí. — ¿No estáis en la otra, buen hombre?, preguntó Sancho. — Me parece que no, respondió el peregrino. — ¿Mirad no os equivoquéis?, insistió Sancho. — Como hay Dios, replicó el peregrino, que soy poco amigo de lo ajeno. Íbamos á lo que dije, y por más señas, era requisito de la promesa que hasta cuando llegáramos al monte no nos hablamos de poner en pie si nos mataban. Hágame la caridad de avisarme si mis cofrades son muertos. — Idos son....., respondió Sancho. ¡Cómo que á los penitentes se les desmadejaron las piernas! — El amor á la vida, hermano, dijo el romero sentado ya. — ¿Cuántas heridas tenéis?, preguntó Sancho. — Según los dolores no deben de pasar de cuatro, respondió el devoto; ó es sólo una contusión, porque en verdad no veo sangre. Milagro, señores, milagro. ¿Promete vuesa merced á la Virgen Santísima, señor caballero, no matarme otra vez? — Si es como habéis dicho, lo prometo, respondió D. Quijote. ¿Os hallábades en la vía purgativa ó en la iluminativa? — ¿Qué vías son esas?, preguntó el penitente. — La purgativa, respondió D. Quijote, es el primer estado del alma que desea llegar á la perfección por medio de lágrimas, golpes de pecho y disciplinas. — Algo más, señor, algo más, dijo el romero. — Luego estábades en la vía iluminativa: este es el segundo estado del alma que desea llegar á la perfección, y se ocupa en amar y servir á Dios, profundamente metida dentro de sí misma. — Algo más, señor, algo más. — Ya comprendo, vuestra vida era la unitiva: este es el último

estado del alma, que pasando por los dos primeros, ha hecho, en cierto modo, acto posesivo de la beatitud divina, y ha venido á ser una misma cosa con los bienaventurados y los ángeles. — En esa estábamos, señor caballero,» respondió el santo gateador. Sancho Panza no quiso callar más y dijo: «Vuesa merced, señor D. Quijote, se ha echado sobre la conciencia la mala obra de haber desviado á estos hombres; y fuera menester enderezarles el tuerto que se les ha hecho. — Engañaste por la barba, respondió el caballero: lejos de desviarle con dos ó tres palos al que está haciendo penitencia, se le da algo más en que ejercite el sufrimiento y el perdón, virtudes sin las que no hay salvarse. Pláceme veros sano y salvo, hermano peregrino, sea ello efecto de un milagro, sea de no haberos yo cogido de lleno con mi lanza. Perdonad, y buena manderecha.» Diciendo esto, picó su caballo, le siguió su escudero, y á poco andar tomó otra vez la palabra. «Ahí tienes, Sancho, un héroe de poema épico, ó por mejor decir, tres protagonistas de otras tantas epopeyas. ¡Aquí de Cristóbal de Virués! Un asesino y pirata que se acoge á buen vivir y se traslada en cuatro pies de Roma á Cataluña, es en verdad asunto de un poema de marca. ¿Qué ideas sublimes ha de inspirar un bribón que no halla manera de venderse por bueno, sino echarse á tierra y arrastrarse como bruto? Rara concepción la del bueno de Virués, ¡un héroe que gana en cuatro pies la ermita más elevada de un monte, á contar en los dedos los robos y las muertes en que ha pasado la vida! Las ideas poéticas encarnadas en expresiones magníficas pasan de siglo á siglo. Homero y Virgilio las conciben; mas no pueden sugerirlas sino héroes excelsos, Aquiles y Héctor, Eneas y Turno. El cuadrúpedo Garín, ni respeto ni veneración infunde: un innoble matador, ó un fanático menguado que imagina ponerse á derechas con el Todopoderoso, si se vuelven jumentos, no son personajes de poema. ¿Es por ventura concepto razonable pensar que con ir á gatas algunas leguas alcanzamos el reino de los cielos? Dios es altísimo, santísimo: hónrale con decoro, adórale con majestad. Lo que envilece su obra no le agrada; lo que la

embrutece le irrita. El hombre de virtud eminente es el que le ama con uno como orgullo celestial; orgullo que no es sino convencimiento de su propia excelencia. Unirse al Infinito por la luz, sentirle en los afectos propios, buscarle con las buenas obras, esto es ser santo. Pero somos de condición los españoles, que, como un frailecico por ahí nos diga que labramos para el alma, sin sombrero nos vamos al infierno, andando de rodillas.»

Tocábale la respuesta á Sancho Panza, y Dios solamente sabe las sandeces que hubiera ensartado, si hubiera tenido tiempo; mas cuando ya se le pudrían las palabras en la lengua, una aventura que se le ofreció á su amo vino á ponerlas en olvido. Y fué que un hombre llegaba ahí trote trote por una costezuela, trayendo á otro atado á la cola de su caballo. Echaba ya el corazón este infelice, acezando y sudando de modo de caerse muerto; y sin duda le reventara la hiel á cuatro pasos, á no presentarse allí D. Quijote en ademán de batalla. «Poneos con Dios y apercibíos para la muerte, si al punto no os apeáis y desatáis á este mezquino. — Le llevo preso, respondió el hombre, y no le soltaría si me lo mandase el Santo Oficio. — ¿A virtud de qué mandamiento, repuso D. Quijote, le lleváis preso y aherrojado? ¿Sois por dicha cuadrillero de la Santa Hermandad, alguacil ó corchete? — Andaos á decir donaires, respondió el caminante: apártese, buen hombre, ó buen diablo, y no sea tan mosca. ¿Está su merced de chungu? Eso de soltar á este pillo, será lo que tase un sastre. Sepa que le llevo á la cárcel con mis manos, porque soy su acreedor. — ¡Acreedor sois vos á cuatrocientos palos!,» dijo D. Quijote; y le asentó un mandoble tal en la cabeza, que dió con el atrevido sin conocimiento en el suelo. Porque no saliese el caballo, le tomó por la brida y mandó á Sancho apearse y desatar de la cola al hombre. Sancho, que de suyo era propenso á la compasión, obedeció de buena gana y lo despachó todo por la posta. «Os hago dueño del caballo de vuestro opresor, dijo D. Quijote al cautivo redimido, como despojo ganado en buena guerra. Vuestro es sin condición ni restricción, tan luego como hubiereis cumplido la orden que voy á

daros.» Mandóle en seguida cómo de ese camino enderezase para el Toboso, se presentase á la sin par Dulcinea, é hiciese todo lo demás que él acostumbraba mandar á los que iba venciendo, ó favoreciendo y libertando. Juró el villano cumplir esas órdenes á la letra, montó de prisa, y sin despedirse del menor D. Quijote del mundo, tomó el largo y desapareció por esos trigos. Sancho Panza iba llegándose al cadáver, no sin tiento: «Veamos, dijo, lo que reza este muerto» y fué á tomarle un pie, á fin de darle pasaporte para la sepultura, si de veras había fallecido. «¡El diablo es el muerto!» respondió el difunto con grandísima cólera, y dió una patada que si le coge de lleno al ex gobernador, no hubiera quien le arrendara la ganancia. Llevó éste el mayor susto que en su vida había llevado; y tirándose sobre el rucio desatinadamente, voló tras su amo, quien andaba ya á buena distancia.



## CAPITULO V

DONDE SE VE SI DEVOTOS SE QUEDAN CON LOS AGRAVIOS QUE RECIBEN, Y SE DA CUENTA DE CÓMO D. QUIJOTE EMBISTIÓ Á UNA LEGIÓN QUE ÉL TUVO POR DE MALA RALEA.

Estaba Sancho Panza refiriendo los desmanes de aquel bellaco de difunto, cuando echándose de súbito de un barranco al camino tres hombres con sendos palos, le asentaron á D. Quijote tantos y con tal prisa, que el pobre caballero hubo de venir á tierra. «Vuesa merced se halla hoy en la vía purgativa, le dijo uno de ellos; veamos en cuál se halla su escudero.» De buena gana se hubiera puesto en cobro Sancho; pero el maldito rucio no se quiso mover, más que si fuera de palo. Llegaron los penitentes y le dieron una tanda que no le pedía favor á la que acababa de recibir el malaventurado D. Quijote. «¿Quiere vuesa merced, le dijo á éste el mismo que había hecho fisga de él, entrar en la vía iluminativa? – Alevoso palmero, respondió el hidalgo, de ruines ha sido en todo tiempo el acometer sin reto ni advertencia. Dejad que pueda yo levantarme, y daos por muertos cuantos sois vosotros, ora vengáis á pies, ora vengáis á gatas. – Luego desea vuesa merced entrar en la última vía, repuso el palmero, cuando nos zahiere con tanto primor y delicadeza.» Y dándole otra media docena de palos, tomaron un trotecillo de ladrón y se fueron, Dios sabe si á vacar á su romería. «*Qui multum peregrinantur raro sanctificantur*, Sancho, dijo D. Quijo-

te. Yo me tengo la culpa, que no acabé de matar á esos traidores cuando los tuve debajo. Pero no te duela de ello, porque los seguiré hasta el polo, y tomaré tal venganza, que para los días del mundo les quedará maldita la gana de salir á romería en dos ni en cuatro pies. — A bien te salgan, hijo, tus barraganadas, se puso Sancho á responder con harta flema; el toro era muerto, y hacía alcacorras con el capirote por las ventanas. — ¿Es á culpa mía, volvió á decir D. Quijote con asaz de cólera, si esos malandrines caen de improviso, y después de su mala obra se escapan de mi enojo por los pies? Si así como son tres braguillas esos penitentes, fueran trescientos jayanes, yo diera buena cuenta de ellos en menos de treinta minutos. Haz que yo tenga lugar de meter mano á la espada, y como quede un pelo de ellos, di que tu señor no es de los buenos andantes. — El conejo ido, palos en el nido, replicó Sancho con la misma cachaza. — ¿Querrás por si acaso darme á entender, dijo D. Quijote, que he venido á tierra por falta de valor y pericia? Me ves tirado en tierra cuan largo soy, y piensas que puedes darme sogas; en lo cual te yerras de parte á parte. — ¿Luego vuesa merced también, está molido?, preguntó Sancho. — Por lo que alcanzo á comprender, respondió D. Quijote, tengo hechas añicos las paletas; mas en tanto que pueda yo empuñar la espada, eso me da que me desbaraten el cuerpo. ¿No sabes que los caballeros andantes estamos hechos á todo género de hazañas y trabajos, y que el número ni la magnitud de las heridas son pretexto para echarnos á la cama? Venga aquí el sabio Apolidón, y propóngame la aventura del Arco Encantado, ó la de la Cámara Defendida, ó una y otra; y cuando no me sea dable concluillas, podré ser imputado de fortuna escasa, no de falta de intrepidez, puesto que las he acometido. Pero dejando lo uno por lo otro, Sancho, ¿te hallas en capacidad de levantarte y ponerme sobre Rocinante? — Deje vuesa merced, respondió Sancho, que pruebe á moverme; y como tenga yo el uso de los miembros principales, cuente con mi socorro y amparo. La cabeza no está mal: ¡oígal!, las piernas no se encuentran fraturadas. Ahora, con el favor de

Dios, los brazos los tengo enteros. — Sea en buena hora, Sancho, dijo D. Quijote, y démosle gracias por su misericordia. Respecto de las piernas, te falta alguna cosa; pues no has de decir fraturadas, sino fracturadas; ni es fratura, sino fractura. — En mi casa nunca se ha dicho sino fratura, replicó Sancho. — Costumbre buena ó costumbre mala, el villano quiere que vala, Sancho amigo. Entre palabras y miembros estropeados, yo siempre optaré por la salud de los segundos. — Aparéjese vuesa merced para montar, dijo Sancho, que voy allá tan luego como me pase el calambre que me ha dado en este pie. — ¡Por vida del chápiro verde, respondió el hidalgo, si pudiera yo aparejarme para montar, por el mismo caso montaría sin que me fuese necesaria tu asistencia! — Mucho habla vuesa merced, Sr. D. Quijote, para hallarse tan malo como se figura. Hasta que el cielo acabe de mejorar sus horas, ¿podría vuesa merced decirme cómo unos hombres que están en la última vía de la salvación hacen cosas parecidas á la que han hecho con nosotros? — Si supieras lo que es el alma de un devoto, no preguntaras eso, respondió D. Quijote. Los devotos son los que menos obligados se creen á sufrir una injuria ó á perdonar un agravio por amor de Dios. Por un insulto vuelven cuatro; por un palo, ciento, según lo acabas de ver, y no en cabeza ajena. — Pero yo no les dí ni uno, señor; y así los que he llevado son gatuitos, dijo Sancho. — También los suelen dar, respondió D. Quijote, si no gatuitos, por lo menos gratuitos ó sin motivo.»

Aquí estaban de la disquisición, cuando cayó allí arrebatadamente el hombre á quien D. Quijote había vencido una hora antes; y echándose sobre él sin andarse en razones de ninguna especie, le hubiera quitado la vida ahorcándole entre sus dedos de fierro, si Sancho no arremetiera con el belitre, y de tan buena guisa, que á pocas vueltas le tenía debajo. D. Quijote, que se vió libre, y que en realidad no estaba tan mal ferido como creía, se levantó y dijo: «Á ti, Sancho, te toca é incumbe el vencimiento de este malandrín: ora porque es villano, ora por no defraudarte de la gloria del triunfo, quiero que le venzas y le

mates solo.» Sintiéndose lleno de fuerza y brío Sancho, se alzó en un pronto, cogió la lanza, y le dió tal mano de palos al caído, que le dejó por muerto. Hueco y orgulloso, hizo montar á su amo, ganó su rucio, y tran tran echaron á andar por esos caminos. «Aquí tienes, principió diciendo D. Quijote, una página de tu historia que no hará poco en los anales de la caballería. Sin mucha exageración podemos tener por jayán á ese bellaco: el que vence á un jayán puede vencer á un gigante; el que vence á un gigante puede muy bien cortarle la cabeza: ahora digo, si el escudero Gandalín alcanzó el cetro con haber cortado la cabeza á una gigante, ¿por qué el escudero Sancho Panza no ha de ganar una corona? — No tropiezo, respondió Sancho, sino en que la de Gandalín fué gigante, y el que yo he de matar lo ha puesto vuesa merced gigante: ¿no hará esta diferencia que se me vaya el reino de entre las manos, señor? — No te dé cuidado así como hubieres matado á ese quisque, haremos que importe poco su sexo. — Pues á la mano de Dios, replicó Sancho: venga esa corona, y sepan gatos qué es antruejo. Pero haga también vuesa merced que mis territorios no estén situados muy lejos de mi lugar, por aquello de «aza do escarba el gallo.» — Esa cortapisa, respondió D. Quijote, hará que tu reino no sea tan grande como un pegujalillo. Mira si te está mejor omitir esa condición y allanarte al que él parta límites con el Catay ó con Trapisonda. — Vengo en ello, dijo Sancho; ni habrá embarazo para mi transporte. Sobre que este mi buen asno es mío propio en propiedad, lo que se llama propiedad, alquilo dos ó tres, y que nos busquen en Trapisonda á mí, junto con toda mi familia. Teresa podrá ir á mujeriegas; pero Sanchica, Sr. D. Quijote, como muchacha, ¿le parece que puede ir á horcajadillas? — Al punto que es princesa, respondió D. Quijote, ya puede ir á horcajadillas: á horcajadillas se la llevó D. Gaiferos á Melisendra del castillo donde se la tenía escondida. No vas mal aparejado, Sancho; y tan tuyo viene á ser el asno, que si lo vendieses una vez ó se te muriese dos, todavía sería tuyo por más de un título. Lo que conviene ahora es que busquemos la aventura de donde ha de resultar

todo eso. Pero ten cuenta con no ir por tu parte á mujeriegas cuando vayas á posesionarte de tu reino; pues si tus vasallos saben su deber, te darán con las puertas en las narices.»

Aventuras, pocas veces le faltaban á D. Quijote, como quien sabía convertir en ellas cualesquiera sucesos, hasta los naturalísimos. Don raro y excelente el de hallar un lance caballeresco en toda circunstancia, un enemigo á quien vencer en cualquier viandante, una princesa enamorada en cada hija de ventero, é ir por todas partes ejerciendo la noble profesión de poner las cosas en su punto. Cuentan de un antiguo que demandó á sus parientes y al médico que le había curado la locura, y les acusó de malhechores. Ese antiguo tuvo razón. Demandamos al que nos trampea, matamos al que nos agravia atrocemente, ¿y no sería sensato arrastrásemos ante los tribunales de justicia al que nos desbarata un mundo entero de felicidad? Cuando loco, ese enfermo era el más feliz de los mortales, pues su desarreglo consistía en estar viendo el mundo cual un teatro iluminado por luz divina, donde se estaban desenvolviendo prodigios increíbles al son de una música lejana y vaga. Si vivimos contentos merced á un engaño, ningún bien nos hacen con sacarnos de él y volvernos á la realidad, madre de sinsabores y dolores. ¡Felices los locos, si no propenden al mal y su locura rueda en una órbita sonora y luminosa! ¡Oh locura!, tú eres como la pobreza, heredad fácil de cultivar, no sujeta á los celos de los amigos, ni expuesta á la envidia y la venganza de ruines y perversos. El demente cuyo desvarío es agradable, es más feliz sin duda que el hombre cuerdo cuyas verdades son su propio tormento y el de sus semejantes. El sabio no resucitaría á un muerto ni curaría á un loco, aun cuando lo pudiese, á menos que no quisiese burlarse de ellos ó hacerles un mal, porque sabe que la locura y la tumba son dos abismos donde caen y se desvanecen todos los dolores del hombre.

Seguía adelante sin dirección conocida el caballero, cuando echó de ver un golpe de gente que se arremolinaba en plácida baraúnda, al compás de tres ó cuatro pífanos y tamboriles. Clé-

rigos á caballo, legos á pie, mujeres con las faldas en cinta, grande y variada muchedumbre. D. Quijote hubiera querido esperar que llegaran; mas al ver que todo ese mundo confuso y revuelto propendía hacia otra parte, picó su caballo y, lanza en ristre, fué á herir en los que encontrase desde luego, y esto sin averiguación ninguna. Llevóse á las primeras dos ó tres monigotes vestidos de musgo, y siguió adelante rompiendo briosamente por la chusma. En el centro venían unos cuantos clérigos cubiertos con papahigos ó mascarillas y unas como sobrepellices de salvaje, cosa que les daba fea y terrible catadura. Suspensos todos, nadie sabía lo que fuera, y así D. Quijote llegó á ellos sin obstáculo y en voz ferviente dijo: «Muertos sois, follones, si no os entregáis maniatados al caballero de cuya espada están pendientes vuestras vidas.» Uno de ellos respondió que se rendían, pues ya el vestiglo de D. Quijote le pinchaba el estómago con la lanza. El clérigo era por ventura más cuerdo que animoso, y reparando en la falta de juicio de su agresor, juzgó necesario contemplarle cuanto fuese posible. «Todo lo que aquí mira vuesa merced, es pura devoción, dijo: detenga el brazo, y no derrame sangre inocente. — ¿Devoción cargar con esta caterva femenina?, replicó D. Quijote; ¿sangre inocente la de malandrines endemoniados como vosotros? — No hay aquí endemoniados ni malandrines, señor caballero: yo soy cura de un pueblo de esta comarca y vicario de estos contornos. Los eclesiásticos presentes son mis coadjutores y mis hermanos de las demás parroquias. Andamos, señor, en la obra pía de levantar la iglesia que hemos derribado porque amenazaba ruina. Ahora vengo del monte con mis feligreses, adonde hemos ido á cortar la madera.» No acababa D. Quijote de dar crédito á estas razones: «Quitaos el papahigo, replicó, y por el rostro saque yo la verdad de las palabras.» Quitóselo sin contradicción el bueno del vicario, y puso de manifiesto la cara bonachona y bienaventurada del cura pacífico que ha vivido largos años cebándose en su parroquia al lado de su prole, en haz y paz de la santa madre Iglesia. Hubo de convencerse el caballero de la verdad del caso; y así, bajó la

lanza, y excusándose á las mil maravillas, pidió se le agregase á la devota caravana. Vino en ello el vicario, mas no en que D. Quijote pusiese el hombro á las andas de la Virgen que allí iba, por cuanto en eso entendían exclusivamente las mujeres. Sancho Panza, temiendo por su amo, se había abierto paso por entre la muchedumbre, y le alcanzó cuando ya andaba todo á las buenas. Consolado de hallarle entero y sano, y alegre sobre modo del acuerdo que reinaba, saludó á los eclesiásticos, dijo quiénes eran él y su señor, y de hecho fué uno, y no el menos principal del acompañamiento.